

La revista *Crisis* (1973-1976): el modelo del intelectual revolucionario en los escritores de la izquierda nacional¹

Julián Bilmes, FaHCE-UNLP, juli.bilmes@hotmail.com.

Introducción

En el presente trabajo nos proponemos abordar la temática del modelo del intelectual revolucionario –característico de las décadas de 1960 y 1970 en nuestro país–enfocándonos para ello en el caso de la revista *Crisis* (1973-1976), una de las publicaciones más relevantes de aquel entonces, dado lo novedoso de su proyecto político-cultural, el conjunto de figuras que agrupó y su gran recepción. Como se verá, a raíz de su carácter nacional-popular –situada en el conjunto de fuerzas del peronismo revolucionario–, la revista perfila una particular concepción del intelectual (renegando incluso del mote de ‘intelectual’ debido al tono populista y antiintelectual que sobrevolaba en ella) en donde el aporte a las luchas políticas y sociales con perspectiva revolucionaria resultaba fundamental, tanto en lo que hace a la labor artística y cultural como a la participación concreta del autor en ellas.

A los fines de realizar una labor minuciosa, recortamos el material a utilizar centrándonos en las formas en que aparece esta temática en las intervenciones de los intelectuales de la llamada ‘izquierda nacional’ en la revista. Este aspecto se nos presenta relevante dado el carácter del proyecto ideológico de *Crisis*, el cual podemos ubicar a grandes rasgos dentro de esta corriente que buscaba aunar la tradición de izquierda con el nacionalismo popular.

La revista Crisis

Podemos decir, desde Sarlo y Beigel, que la relevancia de trabajar con revistas para adentrarnos en el campo intelectual y cultural de las décadas del ’60 y ’70 en nuestro país, y el modelo de intelectual revolucionario característico de esa época, reside en la centralidad que ha ocupado en la historia latinoamericana la “forma revista”: funcionando como toque de

¹ La versión original de esta investigación fue realizada como trabajo final de la cátedra “Problemas de historia del pensamiento argentino y americano: una introducción a la historia de los intelectuales, las revistas y los agrupamientos culturales del siglo XX”, a cargo del Prof. Adrián Celentano, en el año 2014. Agradecemos la guía y los aportes del profesor para su elaboración.

reunión, “punto de encuentro de trayectorias individuales y proyectos colectivos” (Beigel, 2003: 106) que implicaba una “modalidad de intervención cultural con acento sobre lo público, imaginado como espacio de alineamiento y conflicto” (Sarlo, 1992: 9) y para la intervención en el tiempo presente, para transformarlo.

Bajo esta óptica, la revista *Crisis* constituye un caso por demás interesante, ya que representó un proyecto político cultural muy novedoso y de gran recepción para su época, amalgamando un conjunto amplio y variado de artistas e intelectuales, impulsando una concepción original y disruptiva de la cultura, y con un perfil de intervención política muy definido. “Fechada en mayo de 1973 y editada en Buenos Aires, *Crisis* apareció todos los meses durante cuarenta números, entre aquel año y 1976” (Sondereguer, 2008: 9), coincidiendo con los años del tercer gobierno peronista en nuestro país, luego de largos años de dictaduras, represión y autoritarismo, en un marco de grandes luchas sociales y radicalización política que se había abierto con el Cordobazo en 1969, y compartiendo la revista los anhelos de esa ‘primavera’ de los sectores radicalizados de la juventud peronista que aspiraban a la liberación nacional y la patria socialista (Tortti, Chama y Celentano, 2014).

Crisis, ideada por el empresario y coleccionista de arte Federico Vogelius (el “mecenas” de la revista, según lo recuerdan) y dirigida por Eduardo Galeano (habiéndose frustrado la dirección de Ernesto Sábato, quien luego renegaría de ella, si bien ideó su nombre), agrupó en su seno a figuras como Julia Constenla, Aníbal Ford, Juan Gelman, Rogelio García Lupo, Mario Benedetti, Vicente Zito Lema, Haroldo Conti. Compartían todos estos intelectuales la necesidad de intervenir política y culturalmente en una realidad marcada por las luchas sociales y la radicalización política, en donde la revolución parecía inminente, si bien tenían diferencias en las estrategias y líneas políticas a seguir². Se publicaron en la revista escritos de los autores de mayor renombre e influencia de esos años, y se reivindicaban a la par figuras caras a las tradiciones nacional-popular y de izquierda, en un abanico ideológico considerablemente amplio³.

2 Lo recuerda Zito Lema en un reportaje periodístico reciente: “Había, claro, diferencias. Aníbal Ford, por ejemplo, seguía la línea del nacionalismo revolucionario; Juan Gelman estaba más ligado a las FAR y Montoneros; Galeano tenía un compromiso latinoamericanista; Haroldo Conti traía una lectura marxista de la realidad; yo provenía del peronismo de base. Parecía que nos íbamos a matar, pero había cosas profundas que nos unían, el espíritu de la época” (artículo de ‘contrainfo’).

3 Cortázar, Benedetti, Galeano, Jauretche, J.W. Cooke, H. Arregui, el padre Castellani, García Márquez, Lugones, Borges, hasta Perón, Rosas, los caudillos federales e inclusive Lenin, Trotsky, Mao y Rosa Luxemburgo, como para dar cuenta de su amplitud política e ideológica –la cual no era inocente, sino que expresaba una

Si bien *Crisis* presentaba esta amplitud política e ideológica (no sesgada por determinada orientación político-partidaria), sí tenía una ubicación y posicionamiento político concreto, dentro del peronismo y el ideario nacional-popular, aunque radicalizado, con horizonte revolucionario. Como afirma De Diego: "...todo un programa: Lenin y Perón, Hernández y Marx, Rosas y Mao. Este es indudablemente el proyecto ideológico de *Crisis* en sus primeros números: incorporarse con firmeza al debate entre peronismo e izquierda procurando la síntesis de ambas tradiciones" (2003: 41). En las palabras de sus propios protagonistas, está la (excepcional) editorial del número 12, que realiza un balance a un año de su aparición⁴: "La revista es lo que su contenido dice que es: un vehículo de difusión y de conquista de una identidad cultural nacional y latinoamericana, que quiere ser útil en el marco mayor de las luchas de liberación". Queda manifiesto entonces, en esta breve autodefinición, el objeto de nuestro estudio en las páginas de la revista, referente al modelo del intelectual revolucionario.

Lo novedoso de su propuesta probablemente haya residido en la búsqueda de conciliación entre dos tipos históricamente diferenciados de cultura –de elite y de masas–, "a través de una estrategia que busca incorporar el discurso de todas las artes, sin límites ni ordenamientos de lo popular y lo letrado" (Sarlo, 1992: 14), en una apuesta original por desarrollar la cultura popular en forma renovada y amplia.⁵ Aparecen en sus páginas artículos, notas, entrevistas, fragmentos, imágenes, tanto de las expresiones artísticas de mayor 'nivel' cultural, como las propias de los sectores populares, y hasta de los históricamente marginados o excluidos, como expresa bien Sonderegger: "una redefinición de las jerarquías simbólicas en la concepción de la cultura que pretende integrar el romancero popular, las telenovelas o el 'teatro del oprimido', con la narrativa, el cine o el teatro 'cultos'" (2008: 25). De esta manera, la revista se dirigía a un público relativamente amplio, con inquietud por determinadas formas del arte, la literatura y la cultura en general, y resultó un éxito de ventas.⁶

vocación totalizadora, de síntesis hegemónica amplia para definir un canon en la búsqueda de una determinada identidad nacional y latinoamericana.

⁴ "Al lector", *Crisis* 12, mayo 1974, p. 1.

⁵ Galeano recuerda los propósitos que perseguían en este sentido en una entrevista reciente: "Cuando fundamos la revista, queríamos demostrar que la cultura popular existía, que no era la mera reproducción degradada de las voces del poder, sino que tenía fuerza propia y expresaba una memoria colectiva lastimada, herida, traicionada" (artículo de Página 12).

⁶ "Como se trataba de una publicación para tiempos de crisis -dice Constenla- pero al mismo tiempo culta, la queríamos elegante y sofisticada pero que no fuera cara. Se eligió el papel más barato, grueso y amarillento, con tapa a dos colores y sin fotos. Del primer número tiramos diez mil ejemplares, agotados en una semana. Antes del número dos, tuvimos que reeditar el primero" (artículo 'Página 12').

En torno a lo que se mencionaba sobre el tono antiintelectual y populista que llevaba al agrupamiento cultural que impulsaba la revista a renegar del mote de intelectual, cabe citar las tres razones que señala De Diego para que el escritor revolucionario parezca “sortear las mediaciones y nunca definirse como intelectual” en el proyecto de *Crisis*:

“a) la que, impulsada por la revolución cubana, tiende a privilegiar al hombre de acción sobre el hombre de ideas; b) la que, anclada en el pensamiento nacionalista y populista, identifica a los intelectuales con la cultura de elite, ligada a los intereses de la oligarquía; c) la que, originada en el romanticismo, tiende a depositar en el pueblo cierto saber natural superior al saber rebuscado e inoperante de la cultura letrada” (2003: 47).

Para finalizar esta presentación de la revista, y como marcábamos anteriormente, *Crisis* coincidió en su aparición con el tercer gobierno peronista, saliendo por primera vez en el mes de mayo del 1973, en que Cámpora asumía la presidencia en el marco de una gran movilización de los sectores radicalizados de la juventud peronista, y dejó de salir poco después del golpe de marzo de 1976. En esos años, la revista no fue impermeable a la convulsión política que dominaba al país, y al movimiento peronista particularmente, como afirma Sonderegger: “una publicación tan explícitamente ligada a la política no podía dejar de ser afectada por el curso de los graves acontecimientos de esa índole en el plano nacional” (2008: 24). Coinciden Sonderegger y De Diego en establecer un primer corte, un punto de inflexión, en el número 5, de septiembre del '73, marcado por el ascenso de Perón al poder, luego de la masacre de Ezeiza en junio de ese año, la renuncia de Cámpora y el nuevo llamado a elecciones, presentándose ya el mismo Perón como candidato. Asevera De Diego que a partir de ese entonces “la idea de revisión irá desplazando al proyecto revolucionario” (2003: 42), en medio de la fuerte disputa a lo interno del movimiento peronista entre sus alas izquierda y derecha, lo que lleva a que se deje de buscar interpelar a sectores de izquierda para centrar la atención en la disputa por la significación y apropiación de los símbolos de la tradición nacional, dado que “a medida que la revisión se produce se desvanece la presencia de los clásicos de la izquierda y se fortalece la operación de resurrección de los hombres del nacionalismo argentino” (ídem).

A su vez, en el marco del enfrentamiento entre los sectores radicalizados de la juventud comandados por Montoneros con el líder del movimiento (la cual derivara en la plaza del 1ro de mayo del '74 donde Perón los tilda de ‘imberbes’ y el posterior pasaje a la clandestinidad de Montoneros), *Crisis* se cuida de no apartarse del peronismo, y seguir dando la batalla a lo interno del mismo; aspecto sobre el cual vuelve a ilustrarnos De Diego:

“la revista reivindica la figura de Perón no sólo de modo expreso; también por omisión. En contraste con las numerosas notas sobre el golpe en Chile... [de septiembre de 1973] prácticamente no hay notas sobre política nacional durante los siete meses de la presidencia de Perón” (2003: 47)

Por último, en esta lectura del transcurrir de la revista en vinculación con su contexto histórico, marca Sonderegger un nuevo punto de corte en el número 27, de julio de 1975, “el momento de crisis más aguda de la administración de Isabel Perón... [que] se precipitará en un incontrolable deterioro” (2008: 25), tiempos en los que Gelman debe dejar la secretaría de redacción para pasar a colaborar como corresponsal desde Italia, abandonando el país por las amenazas sufridas en medio de asesinatos y desapariciones cometidas por la Alianza Anticomunista Argentina, brazo terrorista de la derecha del peronismo. Afirma esta autora que desde entonces y “hasta su cierre en agosto de 1976, poco después del golpe de Estado, las historias de vida pasan a ser los ejes que estructuran el relato” de la revista, las cuales “testimonian una crisis que ya no es de ideas, letras y artes, sino de ‘carne y hueso’” (2008: 24).

Sobre la izquierda nacional

Cabe especificar también a qué nos referimos con el término de ‘izquierda nacional’, para lo cual nos valemos de la conceptualización realizada por uno de los exponentes más ilustres de esta tradición, Hernández Arregui, y a la historización sobre esta corriente ideológica en nuestro país que realiza Galasso (2007)⁷. Esta tendencia política e ideológica que buscaba articular y conciliar el marxismo con los movimientos de masas ‘nacional-populares’ (el peronismo fundamentalmente en esa época), adquirió gran relevancia en las décadas del ’60 y ’70 y llegó a concitar la adhesión de numerosos sectores, especialmente de las clases medias, en el marco del proceso de formación de una “nueva izquierda” en lo intelectual, cultural y político (Terán, 2013 [1991]; Tortti, Chama y Celentano, 2014) a raíz de la ruptura que se daba en esos años al interior de los partidos tradicionales de la izquierda argentina (el socialista y el comunista, PSA y PCA). Sería difícil esbozar una definición monolítica, incuestionable, del término ‘izquierda nacional’, dadas las disputas a lo interno del campo de la izquierda por ése y otros significados, y por la inclusión o no en el mismo de determinadas figuras y agrupamientos políticos e intelectuales (según sus influencias ideológicas, proveniencias y posicionamientos políticos, etc.). Asumimos la postura de

⁷ Asumimos la definición de utilizar las conceptualizaciones e historizaciones de intelectuales que forman parte de esta corriente ideológica, y que han tenido un lugar importante en la difusión y delimitación de la misma.

adherir a una definición amplia⁸ que se encuentra en uno de los libros fundamentales de Arregui:

“Por izquierda nacional, en un país dependiente, debe entenderse en sentido lato, la teoría general aplicada a un caso nacional concreto, que analiza a la luz del marxismo, en tanto método de interpretación de la realidad, y teniendo en cuenta, en primer término, las peculiaridades y el desarrollo de cada país, la economía, la historia y la cultura en sus contenidos nacionales defensivos y revolucionarios, y coordina tal análisis teórico con la lucha práctica de las masas contra el imperialismo, en el triple plano nacional, latinoamericano y mundial, y en este orden” (2011 [1960]: 369).

En forma amplia tomaremos entonces como integrantes de esta tendencia, de los escritores que publicaban en *Crisis*, a aquéllos pertenecientes a organizaciones o espacios políticos que se situaran dentro del movimiento peronista como un ala izquierda del mismo, con el ‘socialismo nacional’ como horizonte (toda la gama de la izquierda peronista, la Tendencia Revolucionaria, las organizaciones armadas peronistas o en vía de ‘peronización’, etc.): Gelman, Ford, Rivera, Romano, Galasso, Urondo, etc. Nuevamente, al decir de De Diego: “La adjetivación define el proyecto: revolución, entonces, pero revolución ‘con contenido nacional’; socialismo, pero ‘socialismo nacional’; izquierda, pero ‘izquierda peronista’” (2003: 42).

Tipologías de la relación entre intelectuales y revolución

Para llevar a cabo nuestro trabajo utilizaremos como herramienta de análisis la tipología realizada por De Diego (2003) sobre las ‘tres soluciones para el dilema intelectual/revolución’, la cual sistematiza y conceptualiza una serie de debates aparecidos en esos años –en la revista *Nuevos Aires* (1970-1973)- sobre el lugar y las funciones del intelectual. Esta tipología nos será de ayuda, pues, para rastrear los modos en que se presenta cuál debe ser la función del intelectual revolucionario y cómo se articulan, o deben articularse, la práctica específicamente intelectual con las luchas revolucionarias del pueblo, en las intervenciones en *Crisis* de los escritores de la ‘izquierda nacional’.

⁸En su debate con otros intelectuales como Jorge Abelardo Ramos por la autoría del término, por su definición y alcances, y por la definición táctica de unirse al movimiento peronista o mantener independencia crítica frente al mismo, aclara Arregui que “la ‘izquierda nacional’ no es más que una tendencia” que “no forma un grupo ideológico unitario ni parece destinada a convertirse en partido” (2011 [1960]: 369). Esta última posición que critica Arregui era la que sustentaba Ramos, quien desde fines de los ’50 impulsó la creación de diversos partidos (PSRN, PSIN, FIP) con esta visión.

El autor se centra en el análisis sobre la “simbiosis” entre la figura del escritor, la del intelectual y la del revolucionario, a raíz de la “supresión casi total de las mediaciones entre el campo literario y el campo político” (p. 25) producida en esos años. La progresiva ‘transformación’ del escritor en intelectual (entendido en términos de la intervención activa en los debates y problemas de la vida social) propia del modelo del intelectual comprometido de fines de los ’50 y los ’60, se fue radicalizando y llevó a una “fatal y creciente *politización* de las intervenciones de los escritores” (p. 28), proceso en el que la política pasó a adquirir una primacía que anulaba los otros campos de la vida social, y la constituía en “paradigma en donde se articulan los juicios de valor” (ídem). Y a su vez, la política se identificaba fuertemente en esos años con la revolución. Dice De Diego:

“en el campo intelectual de entonces no se preguntaba si había que hacer la revolución porque la respuesta se trataba de un verdadero axioma. El problema era cómo hacerla... Y, en este marco, cuál sería, *debía ser* el papel de los intelectuales en ese proceso” (p. 30).

En base a este proceso de simbiosis que lleva a una “síntesis final” dada por la figura del escritor revolucionario, el autor construye su tipología sobre diferentes formas de articular la vanguardia artística con la vanguardia política, basada en el estudio de la revista *Nuevos Aires*, la cual condensa una serie de debates sobre el tema. Así, esboza tres ‘soluciones’ que se dejan entrever allí para este dilema: la “autonomía relativa” o las paralelas que se juntan, el “quiasmo” o implicancia doble, y la “implicancia simple: la prioridad revolucionaria”.

La primera ‘solución’ consiste en defender la autonomía entre ambas vanguardias, y sus respectivas esferas de creación, abonando la “teoría de los ‘dos frentes’: el compromiso con la revolución en las formas artísticas y el compromiso con la revolución política” (p. 34), y aquí la revolución constituye “el punto en el que las paralelas se deben encontrar”, el punto de unión entre ambas vanguardias para romper el histórico “divorcio” entre ellas. El compromiso principal del escritor debe ser con su propio oficio según esta posición, como se aprecia, dice De Diego, cuando Cortázar afirma una y otra vez que su “ametralladora es la literatura”. Subyacía a estos postulados el miedo a que el campo político limitara las posibilidades creativas y renovadoras del campo artístico.

El segundo postulado no acepta la autonomía del campo artístico e intelectual por leer esto como un alejamiento del campo de lucha y un abandono del compromiso y la responsabilidad revolucionaria (aparecen en torno a esto las duras críticas a Cortázar por manifestarse a favor de la revolución latinoamericana pero hacerlo desde su residencia en

Europa). Por ello, se busca lograr una síntesis entre ambas vanguardias, y cita aquí De Diego a Benedetti, quien en un Congreso Cultural en La Habana en el '68 arroja una fórmula que se volvería lugar común:

“en el aspecto dinámico de la revolución, [que] el hombre de acción sea una vanguardia para el intelectual, y en el plano del arte, del pensamiento, de la investigación científica, el intelectual sea una vanguardia para el hombre de acción” (p. 36).

De esta manera, de no integrarse la vanguardia artística al proceso revolucionario se aislaría inevitablemente de las masas, mientras que una revolución que no contara con la participación de los intelectuales podría verse anquilosada. Por ello se trata de una “coexistencia dialéctica” entre ambas vanguardias, una implicancia doble.

Por último, la tercera solución planteada por De Diego para el dilema mentado, la ‘implicancia simple’, consiste en la subordinación de la vanguardia artística en la política, rompiendo así las ‘paralelas’ y asumiendo que una vanguardia es más importante que la otra. Si bien se puede respetar la autonomía de las creaciones artísticas, ello no puede justificar la autonomía del artista como intelectual. Es necesario pues “ligarse a las organizaciones revolucionarias” y al movimiento político revolucionario para “resolver esa contradicción” (el ‘divorcio’), como afirma Piglia (intelectual ligado al Partido Comunista Revolucionario por aquel entonces) en un debate presentado en *Nuevos Aires*, o utilizar el arte “como arma en la lucha por la desaparición de dicho sistema (lucha política revolucionaria) y el advenimiento de aquel nuevo mundo”, como dice Carpani (artista plástico ligado a la izquierda nacional) también en la misma revista.

Análisis documental

La izquierda nacional en *Crisis*

La presencia que se les dio en *Crisis* a intelectuales que podemos identificar como formadores y precursores de una línea de izquierda nacional fue relevante. La recuperación de los ‘orígenes’ de esta corriente en la historia intelectual argentina suele correr por cuenta de Norberto Galasso, historiador, quien por ese entonces formaba parte del Frente de Izquierda Popular liderado por Jorge Abelardo Ramos (el cual se presentaría en las elecciones de septiembre de 1973 con la boleta Perón-Perón añadiendo la consigna ‘liberación y patria socialista’). Así, aparece en el número 23 de la revista una reivindicación “en el centenario de

su nacimiento” de Manuel Ugarte⁹, ex miembro del Partido Socialista a comienzos de siglo XX, quien sería expulsado por adherir a una concepción nacional, latinoamericanista y antiimperialista, discrepando con la cosmovisión dominante del partido. Galasso prefigura allí lo que sería una de las líneas de su obra, consistente en rescatar a los ‘malditos’ y olvidados en la historia en nuestro país, a causa de sus posiciones político-ideológicas, y “porque la profundización y el desarrollo de sus ideas lleva a conclusiones fundamentales en la hora política actual”. Realiza entonces una presentación e introducción a la figura de Ugarte, y recupera distintos pasajes de su obra, que dan cuenta de determinada posición político-ideológica que Galasso considera necesario retomar y fundamentar.

En este mismo sentido de rastrear los orígenes de la línea ‘nacional’ desde una perspectiva de izquierda, aparece una recuperación en la revista de FORJA –Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina-, agrupamiento político e intelectual que se constituye en 1935 con el fin de recuperar el yrigoyenismo dentro de la UCR, y ante este fracaso y la emergencia del peronismo, adherirían fuertemente a este último. Se rescata en el número 11 de la revista un documento publicado en 1943 sobre el ‘problema universitario’¹⁰, a la par que se recuperan en otros números las figuras de tres de sus fundadores, hombres fuertes del nacionalismo popular: Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz y Homero Manzi. Jauretche, referente de peso del ideario nacional popular, aparece en la revista en tres oportunidades: en el número 5 con una entrevista que recorre la histórica antinomia sarmientina de ‘civilización y barbarie’¹¹ para comprobar su vigencia, en el número 15 con una breve exaltación de su figura ante su reciente fallecimiento¹², y en el número 26, a un año de su muerte, “como parte de una necesaria tarea de memoria y recuperación de quien fuera uno de los grandes modeladores del nacionalismo popular en la Argentina”¹³. A Scalabrini Ortiz, mientras tanto, se lo encuentra en el “rescate y selección de textos de Rogelio García Lupo” en el número 6¹⁴, endonde se rescatan facetas diversas del autor, con un tono cargado de admiración y emotividad. Manzi, por último, es recuperado en el marco de una temática preparada para el número 7 de *Crisis*, dedicado a analizar y reivindicar el tango, “poesía

⁹Norberto Galasso, “Manuel Ugarte, maldito en el centenario de su nacimiento”. *Crisis* 23, marzo 1975, pp. 34-39.

¹⁰“Forja y el problema universitario. Los maestros y las doctrinas del engaño” (sin firma), *Crisis* 11, marzo 1974, pp. 50-53.

¹¹“Arturo Jauretche, civilización o barbarie” (sin firma), *Crisis* 5, septiembre 1973, pp. 3-7.

¹²Aníbal Ford, “Don Arturo Jauretche”, *Crisis* 15, julio 1974, p. 71.

¹³Norberto Galasso y Ernesto Goldar, “A un año de la muerte de don Arturo Jauretche”, *Crisis* 26, junio 1975, pp. 28-36.

¹⁴Rogelio García Lupo, “Raúl Scalabrini Ortiz por Raúl Scalabrini Ortiz”, *Crisis* 6, octubre 1973, pp. 3-12.

popular del yrigoyenismo al peronismo”, y uno de cuyos artículos está dedicado a la figura de Manzi, en donde se destaca tanto la obra lírica de este autor como su faceta militante y combatiente¹⁵. Los autores de estos artículos, Aníbal Ford, Galasso y Ernesto Goldar, realizaban en estas intervenciones una serie de operaciones intelectuales a las que nos referiremos más adelante, para fundamentar y consolidar esta particular visión de la realidad político-social de nuestro país y de su historia.

Prosiguiendo este breve recorrido, una presencia muy importante tiene en *Crisis* John William Cooke, símbolo de la izquierda peronista, con cuya figura mantiene la revista, al decir de De Diego, “la más clara identificación... ya que es quien tempranamente realiza la operación teórica consistente en transformar al peronismo en un movimiento de liberación nacional y asimilarlo a la triunfante revolución cubana” (p. 44). En este último sentido se recupera en el número 5 de la revista un reportaje realizado a Cooke en La Habana y publicado en la revista *Che* en 1961¹⁶. “Es innegable su vigencia”, se afirma en la breve introducción de este reportaje, donde Cooke realiza la operación teórica a la que se refiriera De Diego. El número 9 se abre con una recuperación de documentos, cartas y discursos de Cooke, que la revista “publica como parte del rescate de la vida y de la obra de quien fuera una de las figuras más íntegras y representativas del peronismo”¹⁷. Cooke, quien fuera parlamentario durante los primeros gobiernos peronistas, delegado de Perón en el país luego del '55 y conductor de la mítica Resistencia, nexa con la revolución cubana y guía de la radicalización ideológica con perspectiva socialista en las filas peronistas, representa una figura abocada plenamente a la acción y la construcción política, un verdadero ‘hombre de acción’. Y como se veía en De Diego, la identificación y reivindicación tan marcada de una figura de este tipo no resulta casual, sino que hace a una particular concepción del escritor revolucionario en la revista.

Por otra parte, son de destacar también las recuperaciones que se encuentran en *Crisis* de intelectuales más polémicos para esta corriente ideológica, por haber sido pioneras del nacionalismo pero más ligadas a su vertiente de derecha, o conservadora. En este sentido se puede ver la minuciosa presentación de Leopoldo Lugones en el número 14 de *Crisis*¹⁸, y la exaltación de Ernesto Palacio del número 38¹⁹. Ambas figuras son presentadas buscando ir

¹⁵ Aníbal Ford, “Manzi en el sótano de forja”, *Crisis* 7, noviembre 1973, pp. 14-19.

¹⁶ “John William Cooke, el peronismo y la revolución cubana” (sin firma), *Crisis* 5, septiembre 1973, pp. 56-60.

¹⁷ “John William Cooke, documentos, cartas, discursos” (sin firma), *Crisis* 9, enero 1974, pp. 3-15.

¹⁸ Jorge B. Rivera, “Si y no de Leopoldo Lugones”, *Crisis* 14, junio 1974, pp. 9-24.

¹⁹ Guillermo Gutiérrez, “Ernesto Palacio: ‘La historia como algo vital’”, *Crisis* 38, mayo-junio 1976.

más allá de las simplificaciones de que habrían sido objeto por la prensa e ideología oficial de la oligarquía, recuperando el “carácter complejo y contradictorio” de estos intelectuales. Se señalan allí las posturas políticas conservadoras, antidemocráticas y reaccionarias por momentos, de estos pensadores, pero se destaca por un lado el carácter de “precursor del pensamiento nacional” por su lucha contra la historiografía oficial mitrista en Palacio, y la “pasión argentina y su visión contradictoria y militante del país” en Lugones. Tal como se veía en los cortes que señalan De Diego y Sonderegger sobre la historia de la revista, en estos números de 1974 y 1976 se está buscando disputar la apropiación y significación de determinados símbolos de la tradición nacional, caros al movimiento peronista, marcándoles una línea de interpretación propia de la izquierda nacional.

Luego, encontramos ya la aparición en *Crisis* de intelectuales que formaban parte por ese entonces de la conformación de un espacio y una corriente de izquierda nacional propiamente. En este sentido cabe leer la entrevista del número 10 a Rodolfo Puiggrós –ex militante del PC devenido peronista, importante historiador y teórico de una necesaria unión entre el nacionalismo popular y el marxismo-, ante la próxima publicación por parte de los ‘Cuadernos de Crisis’ de un libro suyo, ‘La universidad del pueblo’²⁰. Puiggrós se había convertido en una referencia en la izquierda peronista, a raíz de su profusa obra y sus intervenciones políticas, que lo habían llevado a ser designado rector interventor de la Universidad de Buenos Aires luego de la victoria del Frejuli en 1973. A su vez, encontramos la exaltación de la figura de Juan José Hernández Arregui –otro importante precursor de la imbricación entre el movimiento nacional popular con el marxismo, proveniente éste del radicalismo-, en el número 19, ante su reciente fallecimiento, el cual afirma el autor de la nota que “parece poner a prueba otra vez el temple de nuestro pueblo, pues a la pérdida irreparable de nuestro Conductor debemos sumar la desaparición de otro maestro querido, como Arturo Jauretche”²¹.

Podemos apreciar en este breve recorrido la “resurrección” a que hace referencia De Diego, en la construcción de un “nuevo Parnaso” –según el término que Sonderegger toma de Ángel Rama (2008: 26)-, que canoniza un conjunto de figuras de nuestra historia, como se ve en la reciente cita de Romano al respecto de las muertes de Arregui, Jauretche y Perón. La exaltación y reivindicación de estas figuras las modela como faros y emblemas de las luchas políticas del presente, tal como afirma Sarlo en torno al “programa para cambiar el canon” de

²⁰Hernán Mario Cueva, “Datos para una ficha: Rodolfo Puiggrós”, *Crisis* 10, febrero 1974, pp. 72-73.

²¹Eduardo Romano, “Hernández Arregui, pensador nacional”, *Crisis* 19, noviembre 1974, pp. 25-29.

las revistas político-culturales: “articulan un sistema de ‘autoridades’, ofrecen modelos textuales, redimen y descubren” (p. 13).

El ‘intelectual revolucionario’

El número 15 de la revista incluye la mencionada reivindicación de Jauretche realizada al poco tiempo de su muerte por Aníbal Ford (escritor, periodista, investigador de la cultura y militante peronista). Encontramos allí una descripción y análisis de la figura del primero, que deja entrever la particular concepción del intelectual, de sus necesarias funciones y roles, que sustentaba un miembro importante de la revista (secretario de redacción por aquel entonces, junto a Juan Gelman). Ford realiza allí una encendida exaltación de “don Arturo”, caracterizado como un observador “agudo como pocos” de la realidad argentina, y “uno de los teóricos fuertes de la Patria Grande”. Se reivindica a Jauretche en tanto intelectual (si bien se desprende cierta concepción antiintelectual en la nota, debido a la desconfianza mantenida frente a la ‘intelligentzia’ que importaba y aplicaba “teorías que distorsionaban la comprensión de nuestra realidad”) y en tanto hombre de acción: la particular síntesis de ambas facetas que se encuentra en su figura. Su pensamiento, dice Ford, se había formado no sólo en los libros y las teorías, sino en una “práctica real”, cotidiana, adquirida “en el libro, en la prensa, en la acción política y con las armas en la mano, con muchos más exilios y prisiones que momentos fáciles”. Jauretche resulta un arquetipo para la cosmovisión de estos intelectuales que impulsaban *Crisis*, debido a la conjunción que se daba en su figura de una serie de rasgos preciados: la firmeza y coherencia de su condición ‘nacional’ (o ‘nacional-popular’, según el “sintagma” al que se refiere De Diego, p. 49), que va del yrigoyenismo al peronismo; su concepción y vinculación con (de) el pueblo (“entendió que la verdadera enseñanza venía de los ‘no intelectuales’, de ‘los simples y de los humildes’”); su producción y labor intelectual, tanto como de acción: los libros, proclamas, discursos, así como los mítines, las reuniones, volanteadas, y hasta la toma de las armas.

En el número 19 de la revista, como ya mencionamos, se encuentra la exaltación de la figura de J.J. Hernández Arregui por Eduardo Romano (crítico literario, poeta, investigador de la cultura y la comunicación, al igual que sus colegas Ford y Rivera). Éste cita para comenzar su artículo una carta de Perón dirigida a Arregui, donde lo resalta como “fuente de inspiración doctrinaria para la juventud de América Latina” y rescata sus libros más relevantes, en una operación de legitimación y canonización que realizaba allí Romano, dado que la cita de autoridad refiere nada más y nada menos que al conductor del movimiento, al cual la revista

presentaba por esos años (en el marco de la fuerte disputa dentro del movimiento por su apropiación y significación), como un líder tercermundista que bregaba por el socialismo nacional –esdecir, como parte fundamental de esta corriente de izquierda nacional. Luego, a la par que realiza una breve presentación de la obra de Arregui y el contexto en el que fue escrita, Romano recoge pasajes de sus obras más importantes sobre una serie de temas clave: la discusión con la intelectualidad liberal nucleada en Sur, así como con la intelectualidad de izquierda ‘antinacional’, análisis sobre “el ser nacional”, la autonomía universitaria, los gobiernos peronistas y el movimiento sindical argentino. La figura de Arregui es reconocida aquí por “su inestimable aporte a la nacionalización mental de las capas medias intelectuales y a la clarificación ideológica de la clase trabajadora sobre la base de las grandes banderas del justicialismo”, y por su “ejemplo y argumentos contra las tácticas arteras del coloniaje”, es decir, a raíz de sus aportes específicamente intelectuales al proyecto político compartido. Si bien no encontramos aquí una exaltación de la faceta de acción de la figura reivindicada del intelectual, se rescata fuertemente los esfuerzos intelectuales de Arregui por conciliar su formación y condición de marxista con el movimiento nacional peronista (se volvió famosa, en este sentido, su frase ‘soy peronista porque soy marxista’). Este aspecto resulta muy relevante para esta corriente, debido a la fundamentación teórica que se encuentra allí para las posiciones políticas adoptadas por el agrupamiento cultural. A su vez, se recupera la referencia de Arregui hacia el sujeto al que buscaba interpelar con su discurso –un ‘pueblo’ no definido en forma abstracta o romántica sino en términos de clases sociales-, y aparecen en este sentido sus conferencias y vinculaciones con centrales sindicales y organizaciones de trabajadores, fundamentalmente, así como con organizaciones estudiantiles y de sectores medios de pequeña burguesía.

En ese mismo número 19 de la revista, encontramos luego una entrevista de Juan Gelman (poeta, periodista, quien provenía de la guerrilla marxista FAR –Fuerzas Armadas Revolucionarias-, la cual se había fusionado recientemente con Montoneros) a Mario Benedetti, poeta uruguayo próximo también a los movimientos nacional-populares latinoamericanos²². El título de esa nota, fragmento de una afirmación de Benedetti, deja entrever ya el lugar en que se situaba él mismo (y por añadidura, al resto de sus colegas en su condición prescriptiva): “el escritor es un trabajador como tantos”. Narra allí el uruguayo el impacto que tuvo para su generación y sus colegas la revolución cubana del ’59, en cuanto a

²²Juan Gelman, “Mario Benedetti, ‘el escritor es un trabajador como tantos’”, *Crisis* 19, noviembre 1974, pp. 40-50.

relativizar la “autoimportancia” dada en base a la labor de escritor, y en relación a adquirir conciencia de los límites de la influencia que puede tener esa labor (que “no es por cierto algo descomunal”). Por ello, afirma que no se debe pensar que se constituye una elite, “sino tratar en lo posible de sentirse y de ser integrante de un pueblo... que se expresa de esa manera: escribiendo”. Este aspecto es un punto importante en la concepción del intelectual que sostenía el agrupamiento: la necesaria compenetración, 'hermanamiento', 'fusión', de los escritores y artistas con su pueblo. Por ello no suele aparecer el término de 'intelectual' en la autodefinición de este agrupamiento cultural, sino que se reniega del mismo, como se veía anteriormente.

En la misma nota que comentábamos, introduce Gelman un análisis de Lucien Mercier sobre el “compromiso poético” de Benedetti, y aparece aquí una de las pocas tematizaciones que hemos podido encontrar a lo largo de los números de la revista, sobre la labor del intelectual revolucionario –en este caso, del poeta. Se afirma allí que “la suya quiere ser una poesía revolucionaria (o sea: que invite a la revolución)”, y se pregunta cómo “invitar *poéticamente* a la revolución” (p. 46-47, las cursivas del original). Las reflexiones que siguen ubican a la actividad poética en un lugar subordinado a la necesidad de la lucha revolucionaria, y por ende, la función del poeta reside en cómo ‘invitar’, convocar, sumar, a la revolución. Y es una tarea que no se da sólo “en el nivel del contenido, sino más bien en el nivel de la expresión”, de las “formas revolucionarias”. La poesía de Benedetti, con su referencia a lo cotidiano, concreto, del mundo social y las experiencias del pueblo, y con la referencia también a la lucha política, baja a la palabra del ‘olimpo’, de la metáfora, de la ‘sublimación’ de la realidad, y en el uso de la “palabra común, asociada a otras palabras comunes” produce un orden nuevo, cuestionador de lo dado, que ‘mueve al mundo’. La función de la poesía residiría entonces en la crítica, la denuncia, con un horizonte de transformación social: la “tarea del poeta, con su palabra” consiste en “no cambiar solamente los nombres de las cosas sino las cosas mismas... crear el mundo real que pertenecerá a los hombres”. He aquí entonces el “momento revolucionario de la poesía (o el momento poético de la revolución)” (idem).

Estas apelaciones nos remiten claramente al tipo de la “implicancia simple” elaborado por De Diego. Se aprecia la prioridad revolucionaria que subyace a la concepción de la labor del poeta, la necesidad de unirse al movimiento político revolucionario, y utilizar allí las tareas artísticas e intelectuales como medios para ‘invitar’, convocar a la revolución, interpelando a los sujetos que deben protagonizarla. A su vez, la labor intelectual utilizada

para fundamentar la necesidad de la revolución: lo injusto e intolerable de un cierto ordenamiento social y estado de cosas, el nuevo hombre y la nueva sociedad que se debía crear, la felicidad a la que se debía aspirar. Sin embargo, el compromiso del intelectual no pasa sólo por su obra, sino también –y fundamentalmente- por el autor. Esta ‘poesía revolucionaria’ la debía sostener un poeta revolucionario, como es el caso de Francisco ‘Paco’ Urondo, quien intervenía con cierta asiduidad en la revista, y de quien se publican ‘poemas y algunas reflexiones’ en el número 17 de *Crisis*²³:

“¿Soy el Poeta de la Revolución acaso, como dice por ahí –bromeando- un compañero de la cárcel? No. El poeta de la Revolución es el Pueblo; pero el pueblo concreto, de persona a persona... Ponce, el viejo gladiador peronista, es el Poeta de la Revolución”.

Urondo, quien fuera poeta, periodista, escritor y militante también de las FAR, publica algunos de estos textos desde la cárcel, lugar en que se encuentra a raíz de su militancia revolucionaria, y vemos cómo se distancia en el fragmento anterior del status privilegiado de intelectual –poeta en este caso-, para buscar ‘fundir’ su actividad y su labor en el pueblo por el que lucha. En un recuadro en el que reflexiona sobre el concepto de vanguardia en la teoría revolucionaria tematiza sobre este aspecto: asevera allí que los intelectuales y artistas que se aboquen a la construcción de esa vanguardia “tendrán que identificarse con el campo popular – sin idealizarlo- aunque no pertenezcan naturalmente a la clase productiva... [Hay que] correr la suerte del agredido”, lo que implica una necesaria “inmersión... en la realidad cabal que se vive en el campo del pueblo... [Y que] sean tuyas las alegrías y preocupaciones del pueblo”.

Por último, y no obstante las afirmaciones anteriores, se encuentra en *Crisis* otra intervención que tematiza sobre la relación entre los escritores con la revolución, de nuevo por parte de Mario Benedetti, en el número 3, como ensayo de lo que al año siguiente el autor convertiría en libro²⁴. Allí, el uruguayo desarrolla las posibilidades que abrió la Revolución Cubana de 1959, “un asalto a lo imposible”, tanto en el campo político como en el artístico e intelectual:

“la realidad se fue volviendo cada vez más rica, más compleja. Y la literatura también sintió ese estremecimiento... rompió asimismo con los viejos moldes, con la vieja retórica, con la vieja rutina, y se lanzó con entusiasmo a experimentar”.

²³Francisco Urondo, “Poemas y algunas reflexiones”, *Crisis* 17, septiembre 1974, pp. 35-38.

²⁴Mario Benedetti, “El escritor latinoamericano y la revolución posible”, *Crisis* 3, julio 1973, pp. 28-35.

Se reivindica aquí el rol de vanguardia del artista e intelectual en cuanto al proceso creativo y al aporte que se puede hacer a fin de descubrir el “gusto auténtico, legítimo” del pueblo, desde el pueblo mismo. Se debe cuidar en este caso de las tentaciones populistas (la rutinaria y “facilonga” satisfacción de los gustos populares, muchas veces generados por la penetración imperialista) como elitistas (que el alcance e interpretación de su obra sólo llegue a una pequeña elite), buscando un arte que implique participación, que aporte a “crear conciencia” en el seno del pueblo; un arte nuevo para un hombre nuevo. Vemos en ello una afinidad con el tipo de la ‘implicancia doble’ de De Diego, referido a la coexistencia dialéctica de las vanguardias políticas y artísticas (que basaba el autor, no casualmente, en un pronunciamiento del mismo Benedetti). No obstante, refiere también en este ensayo el uruguayo la necesidad de atender “no sólo a su obra [del escritor o artista] sino también a su conducta, a su actitud”, al compromiso y vinculación que se establece con las luchas del pueblo, como se veía anteriormente.

A modo de conclusión

Pasando en limpio algunas conclusiones a las que arribamos con el presente estudio, encontramos que la concepción específica sobre el intelectual (revolucionario) que podemos extraer a partir de las intervenciones de los escritores de la izquierda nacional que escribían en *Crisis*, se compone de una serie de rasgos centrales. En primer lugar, resulta fundamental la posición política ‘nacional’, o nacional-popular, del intelectual, en base a una comprensión cabal de la historia argentina, de los proyectos políticos en disputa y de las luchas populares por la independencia y la soberanía. Un intelectual que no comprendiera esto, y no se posicionara dentro del movimiento nacional (peronista en ese momento, yrigoyenista anteriormente, federal en el siglo XIX), estaría jugando entonces en el campo de la contrarrevolución, y no podría entonces asumir un rol revolucionario. Es ilustrativo al respecto un pasaje del citado análisis de Urondo sobre el rol de la vanguardia:

“[un] requisito fundamental para la construcción de esa vanguardia será actuar dentro del marco histórico adecuado y en observancia de las fuerzas que operan en ese marco... Tener en cuenta al enemigo principal y la contradicción principal. En esta etapa, se define que esa contradicción es Imperialismo-Nación” (*ibíd.*).

Un segundo punto a resaltar, luego, reside en la relación que se asume y sostiene con el pueblo por el que se lucha. Aparece aquí la compenetración con el mismo, una ‘inmersión’

en la misma realidad que vive el pueblo trabajador, que lleva a buscar romper o evitar el lugar y status de elite que tienen los intelectuales en la sociedad, para sentirse parte integrante de ese pueblo y ‘fundir’ la propia actividad en y por ese pueblo. A su vez, resulta también fundamental para esta concepción del intelectual la conjunción de teoría y práctica, es decir, de labores y aportes intelectuales –libros, proclamas, discursos, manifestaciones artísticas, etc.- tanto como de acción: los agrupamientos culturales e intelectuales, los mítines, las conferencias, volanteadas, el acompañamiento de las luchas populares callejeras y hasta la toma de las armas llegado el caso.

Por otro lado, y en base a la tipología mencionada sobre las ‘tres soluciones para el dilema intelectual/revolución’ de De Diego, cabe realizar una primera aclaración, y es que salvo el caso de los textos de Urondo y Benedetti, la categoría y concepción subyacente de ‘vanguardia’ no parece resultar afín al agrupamiento en términos generales. El anti-intelectualismo y populismo del tono general de la revista a los que se hacía referencia parece indicar que artistas e intelectuales nunca se sitúan ‘más adelante’, o más esclarecidos, que el conjunto del pueblo, sino que muchas veces inclusive fue la acción colectiva del pueblo la que comprendió profundamente determinada coyuntura, mientras aquéllos se posicionaban erróneamente (el ejemplo clásico de ello remite al 17 de octubre del ‘45 y las elecciones de 1946 con las masas obreras apoyando a Perón y el grueso de la intelectualidad y partidos de izquierda contra éste, en la Unión Democrática).

Ahora sí, en base a los tres ‘tipos’, hemos encontrado una afinidad marcada con la denominada ‘implicancia simple’ que remite a la prioridad revolucionaria (si bien aparece en el ensayo de Benedetti una posición que se acerca a la ‘implicancia doble’, comparte rasgos con esta postura): las tareas artísticas e intelectuales representan medios para convocar a la revolución, fundamentando su necesidad y posibilidad históricas, generando las sensibilidades e imaginarios que la posibiliten e interpelando a los sujetos que deben protagonizarla. A su vez, este compromiso remite a la obra del intelectual, pero también –y fundamentalmente- a la persona: lejos de temer del campo político por las posibles limitaciones que podría implicar sobre las labores intelectuales, se debe establecer una ligazón profunda con el movimiento político revolucionario, con una relación que puede darse formando parte de una organización política revolucionaria (como Gelman y Urondo en las Fuerzas Armadas Revolucionarias), creando una propia (Cooke con Acción Revolucionaria Peronista), con una relación estrecha pero sin formar parte de alguna, más abocado a agrupamientos intelectuales (Arregui con CONDOR, Jauretche con FORJA, etc.).

Sin embargo, y para finalizar, estas conclusiones las hemos extraído de los análisis precedentes, pero no se encuentran en *Crisis* definiciones programáticas y explícitas sobre cuestiones como las que hemos venido tratando. Retomando nuevamente a De Diego, “la revista parece demostrar una profunda desconfianza hacia los debates teóricos y una ilimitada fe en la espontaneidad y la eficacia de la oralidad” (p. 56). No se creía necesaria la definición rígida y taxativa sobre modelos o formatos que hagan a la relación de los intelectuales con la revolución, dado que el cauce político, social, histórico, conducía casi inexorablemente hacia ella, en un momento político cargado de esperanzas, expectativas y anhelos –con la recuperación de la democracia y las elecciones libres en 1973, la victoria de Cámpora, la “primavera” y el ascenso de los sectores radicalizados de la juventud peronista, la vuelta de Perón de su exilio. La historia venidera rompería todo eso, con un carácter trágico y fatal.

Bibliografía

Altamirano, C. (2005). “De la historia política a la historia intelectual. Reactivaciones y renovaciones”, en *Prismas*,9, pp. 11-18.

----- (2007). *Intelectuales. Notas de investigación*, Buenos Aires, Norma, caps. 1-4.

----- (2011). “Peronismo y cultura de izquierda (1955-1965)” en Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Beigel, F. (2003). “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana”, en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, enero-marzo, 105-115.

De Diego, J. L. (2003). *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, Al Margen, La Plata.

Galasso, N. (2007). *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos.

Gramsci, A. (1991 [1949]). “La formación de los intelectuales” y “Periodismo”, en *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Nueva Visión, Buenos Aires, pp. 9-27 y 149-183.

Hernández Arregui, J. J. (2011 [1960]). *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Continente.

Rodríguez Agüero, E. (2006). “Intelectuales y compromiso político en la Revista Crisis (Argentina, 1973-1976)” en *Question. Revista especializada en Periodismo y Comunicación*, Vol. 1, Núm. 10.

Sarlo, B. (1992). “Intelectuales y revistas: razones de una práctica” *América. Cahiers du CRICCAL*, nº 9-10, pp. 9-16.

Sondereguer, M. (2008). *La revista Crisis 1973-1976. Antología. Del intelectual comprometido al intelectual revolucionario*, UnQui, Bernal.

Terán, O. (2013 [1991]). *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina (1956-1966)*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Tortti, M.C., Chama, M. y Celentano, A. (2014). *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*. Prohistoria, Rosario.

Fuentes

Revista *Crisis, ideas, letras, artes en la crisis*, (colección completa), Bs. As., mayo de 1973-agosto 1976.

Artículos periodísticos

<http://www.contrainfo.com/9894/la-revista-crisis-y-la-busca-del-tiempo-perdido/>

http://www.pagina12.com.ar/1998/suple/radar/mayo/98-05-03/nota2_a.htm